



ESPAÑA
COOPERACIÓN
CULTURAL
EXTERIOR

**EMMA
CHIRIX**

*conversa
con*

**ANA
COFIÑO**



COLECCIÓN
PENSAMIENTO



Colección Pensamiento II : Emma Chirix conversa con Ana Cofiño /
coord. Silvia Trujillo y Gemma Gil. - - Guatemala : El Librovisor,
Ediciones Alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala, 2008.
56 p. (Colección Pensamiento ; V.2 Tomo 3)

ISBN 9922-985-8-8

1. Intelectuales guatemaltecos – Entrevistas
2. Pensamiento intelectual – guatemaltecos
- I. Coaut.

CDU
008 (728.1)

COORDINACIÓN DE PROYECTO

Silvia Trujillo

COORDINACIÓN EDITORIAL

Gemma Gil

DISEÑO

Lucía Menéndez

FOTOGRAFÍA

Andrés Asturias

CONCEPTO ORIGINAL

Rosina Cazali

IMAGEN CONTRAPORTADA

Basada de una ilustración de Antonio Frasconi

El Librovisor

Ediciones alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala

Octubre, 2008

© Todos los derechos reservados

Centro Cultural de España / Guatemala

Vía 5, 1-23 zona 4, 4ªNorte, Ciudad de Guatemala, 01004

(502) 2385-9066

gestion@ccespana.com.gt

www.centroculturalespana.com.gt

blog: cceguatemala.blogspot.com

Emma Chirix
**CONVERSA
CON**
Ana Cofiño

LIBRO
VISOR

“Cuando aborté a la iglesia como institución, aprendí a gozar y a amar”

Por Ana Cofiño

Emma recuerda que, cuando empezamos a conocernos, ella me exteriorizó su desconfianza y me dijo que yo tenía que probar si mis intenciones eran buenas. Eso fue durante las fiestas de San Juan, en Comalapa, hace ocho años. En este tiempo hemos establecido una buena amistad, somos cómplices, compañeras, colegas y casi hermanas.

Nuestra relación ha caminado sobre libros. Yo fui editora de *Alas y raíces, afectividad entre las mujeres mayas*, investigación que Emma realizó con las integrantes del grupo de mujeres mayas Kaq'la. Durante este lapso compartimos libros, autoras, películas, chismes, penas, fines de semana y otras referencias. Nuestras miradas se juntan en la antropología, el feminismo y la historia. Nuestras identidades se encuentran en Guatemala: Emma es indígena kaqchikel, nació en Comalapa, Chimaltenango, hace 47 años. Yo nací en la capital, tengo 52 años, y ella me cataloga como criolla.

Esta entrevista para la *Colección Pensamiento II* fue una plática en dos sesiones en las que nos centramos en la sexualidad, por ser un tema que Emma ha investigado

para su tesis de maestría y que a mí, como antropóloga feminista, también me interesa. Como amigas, hemos compartido experiencias, ideas, percepciones e información. Las dos somos conscientes de que la sexualidad también es un campo donde el racismo, el sexismo y la lucha de clases ponen de relieve las relaciones de poder.

Esta conversación no ha concluido, ni entre ella y yo ni con ustedes. La sexualidad en Guatemala sigue siendo un tabú, y nosotras, felices de transgredir al hablar sin tapujos. Con orígenes distintos, pero con deseos compartidos, nos volvemos a encontrar, con la esperanza de cambiar algo y alcanzar la *ütz kaslemal*, la buena vida.

ANA MARÍA COFIÑO: De estos tres temas, ¿cuál escogerías: feminismo, sexualidad o subjetividades?

EMMA CHIRIX: Yo creo que me agradaría más hablar sobre la sexualidad. Es un tema que no se toca, y en el que puede aparecer el feminismo y la subjetividad, allí enfrascados o liberados. No sé cómo lo vamos a ver. Mi sombrilla sería la sexualidad. Me alegró mucho saber que tú me ibas a entrevistar. Enhorabuena, yo creo que la amistad nos ha ayudado a abordar este tema. Yo digo que es una cuestión que necesita que le den espacio, donde caben muchas palabras, muchas reflexiones, porque es algo que puede tomar otros caminos, por ejemplo, en relación con lo que estoy revisando ahorita, una tesis sobre el aborto.

Mi poca experiencia está ayudando a que otras mujeres puedan abordar este tabú. Entonces, enhorabuena, en la medida que las mujeres busquemos caminos diversos para tratar estos temas, y no solo desde el plano académico, mejor.

AMC: Decís que “no se toca”, empezamos por lo táctil...

ECH: Los y las académicas no tocan el tema, y a nivel cotidiano yo diría que vivimos una sexualidad secuestrada e impuesta que ha reducido el pensamiento y la práctica de una sexualidad más liberada. Generalmente, cuando se trata, las normas y los códigos morales están metidos de por medio, así que salta a relucir la decencia, y viene el silencio sexual. Si estos códigos no estuvieran en nuestra cabeza y en nuestra vida cotidiana, seríamos más felices.

¿Por qué hablamos libremente nosotras? Porque lo que hemos leído y lo que hemos vivido nos hace ser otras. Yo creo que los procesos de vida te van cambiando, y si las amistades se profundizan, salen a luz temas más íntimos. Yo te preguntaría cómo percibías la sexualidad hace 20 años, qué te llamaba la atención para sentirte a gusto. Hay cambios en las vidas, y eso es lo bueno. Nosotras, en esta generación, podemos hablar y acompañar a las generaciones nuevas, generaciones que a través de Internet tienen conocimientos. Lo que no sé

es si los jóvenes están hablando de esto en el plano más afectivo, más placentero.

Yo siempre me había preguntado por qué en Comalapa se tocan las ramas, pero no se toca la raíz. Hay que escarbar para ver qué hay detrás de todo esto. Creo que, a nivel de las mujeres, del movimiento indígena y del país, lo estamos dejando de lado. En México hay una riqueza de libros, pero nosotros no estamos desentrañando. Eso nos falta, rebuscar cómo está tejido el petate, por qué esta línea está más marcada, para ver qué significa, para ver en qué medida estamos contribuyendo a erradicar la subordinación de la mujer y a propiciar su bienestar.

AMC: Hay tal represión que no solo no se aborda en lo público, en la escuela, en los partidos, en los medios, sino que las personas, cuando hablan de sexo, incluso para sí mismas, no usan un lenguaje explícito.

ECH: Yo creo que hay una expresión coartada o silenciada, “de eso no se habla en casa”. Lo más triste es lo que yo identifico como las instituciones controladoras-administradoras: la familia, la escuela, la iglesia y el Estado. Si te ponés a ver qué le dan a tu hijo en la escuela, da pena, porque se aborda la sexualidad en términos del aparato reproductor, pero qué pasa con el deseo, qué pasa con el amor, qué pasa incluso a nivel biológico, qué está pasando con las hormonas.

Si tenés la suerte de nacer en una familia donde hay alguien que transgrede y platica, que puede ser la abuela, el abuelo, el papá o la mamá, después dices que aprendiste con él o con ella. En esos casos se establece una relación muy afectiva, porque aprendiste algo que todo el mundo oculta. He platicado con algunas personas y siempre dicen: “Yo aprendí esto con mi abuela”, parece que las abuelas están en posición de decir: “A estas alturas yo qué puedo perder”.

AMC: ¿Tuviste alguien en tu vida que te abriera las puertas?

ECH: Yo aprendí mucho con el humor de mi mamá. Ella, de alguna manera, nos trasladaba lo que platicaban con las amigas. Lo que muchas veces no encontraba en los libros llegaba a mí a través de palabras, risas, humor. Fue todo un aprendizaje, no solo de parte de mi mamá, sino también de sus amigas. Ahí es donde puedo decir que yo aprendí más de las mujeres sobre el tema de la sexualidad. Esta interrelación entre las amigas hace que salgan temas íntimos con mucha confianza.

Me encantaba escuchar a mi mamá cuando regresaba de las fiestas o cuando iba a ayudar un día antes a la familia anfitriona. Entonces yo la miraba muy contenta, soltando las anécdotas e historias. Generalmente, en las comidas típicas de las fiestas en Comalapa, preparan el

cocido,¹ el caldo, entonces el humor puede venir relacionado con el tamaño o el color de una zanahoria o un chile, asociado con el pene. Entonces tiran la frase y empieza el juego.

Hay pocas mujeres (pero todavía hay) que se dan la libertad de desaparecer, de no seguir con esa cotidianidad, porque se sienten bien acompañando a otra familia. Por lo menos existen todavía esos espacios para hablar, para tener conocimiento.

Otra forma de estar en contacto con la sexualidad es cuando aprendemos a temascalear.² Crecimos viéndonos sin ropa, platicando sobre nuestros cuerpos. No era una cuestión de decencia. Nos sentimos en la libertad de vernos y platicar desnudos. Los niños sí entran.

Cuando las niñas y niños no nos han visto desnudos, nace la curiosidad y casi siempre levantan la tela que cubre la puerta del temascal y, al calmar su curiosidad, se retiran.

1. Caldo hecho de verduras varias y carne roja.
2. El temascal (o *tuj* en idioma kaqchikel) es una construcción de paredes de barro que se utiliza para tomar baños de vapor, la finalidad puede ser higiénica, pero también se emplea con fines terapéuticos, por ejemplo, se usa para aliviar los dolores del parto.

También aprendí hablando sobre sexualidad con amigas que no son indígenas. Contigo yo he platicado de sexualidad, sin pena y sin vergüenza. Vuelvo a retomar cómo la amistad ayuda a ampliar el conocimiento sobre este tema.

AMC: La educación de las niñas, de las mujeres de nuestra generación, estuvo en manos de la iglesia católica, así que hablar de masturbación o quitarte el miedo de que vas a tener hijos tontos son transgresiones.

ECH: La iglesia institucionalizó el matrimonio heterosexual. Según ellos, aquí no había cabida para la homosexualidad. Ése es otro tema que hay que hablar, porque al final nos sigue marcando eso de que las relaciones tienen que ser heterosexuales, hetero-normativas. Yo creo que a estas alturas hay que ver una realidad que no solo es heterosexual, sino que hay otras formas de relacionarse. Encontré un autor que decía que entre mayas, aztecas y xincas la homosexualidad no estaba prohibida. Yo digo que en mi pueblo hay homosexuales, pero, como es tan señalado, generalmente los jóvenes no se dan la libertad de decir: “Aquí estoy y qué”.

¿Qué nos dejó la iglesia? Que había que hablar de pecado en relación al deleite sexual, a la masturbación, a la lujuria, a la codicia sexual, como dicen ellos. Yo creo que

esas formas colonial-occidentales se impregnaron tanto que hasta sentíamos que de veras nos robaron todo.

AMC: En Guatemala existe la práctica de hacer el amor en silencio, con una sexualidad secuestrada. ¿Cómo hacer para que más gente pueda quitarse las máscaras y empezar a tener prácticas placenteras?

ECH: El feminismo ya ha hecho su trabajo. La academia y las activistas feministas han tratado el tema de cómo trabajar la autonomía de nuestros cuerpos o cómo trabajar el placer. Por otro lado, las organizaciones de mujeres, cuando entran desde el enfoque de la autoestima, también tocan estos asuntos.

Yo creo que ya se ha iniciado el trabajo y lo que se necesita es ir socializándolo con mayor fuerza, buscando metodologías novedosas que no se sientan como una imposición. Puede ser a través del arte, pero son muy pocos los que se atreven a dibujar figuras de la sexualidad. También, dónde se están quedando las metáforas, o cómo darle significado al doble sentido de las palabras, los poemas. Ésa es una manera de transformar, de contribuir a educar a nivel colectivo. Somos personas creativas, pero todavía estamos con códigos morales del tipo “qué van a pensar”. Todavía persiste el temor a hablar.

AMC: En la cultura de masas hay una presencia muy fuerte de la sexualidad, pero se habla más del aspecto cuantitativo y se desdibujan los aspectos cualitativos que las mujeres buscamos. Por ejemplo, se cree que la sexualidad culmina en la penetración, lo cual deja a muchas mujeres con gran insatisfacción. Hay un diálogo intergenérico que no llega a fructificar en placer, uno se queda hablando en idioma penetrativo y la otra, en pasivo.

ECH: La sexualidad modernizante está imponiendo otros criterios. Hay que trabajar más la parte cualitativa. Yo creo que, como la cuestión de la moral ha sido tan fuerte, no aparece ni el juego preparatorio. El deseo es una cosa, la excitación es otra, van conjugadas, pero ¿cómo te excitas? Además se dice que ellos deben tener la iniciativa, lo que significa que al final nos encontramos ante relaciones de poder.

Occidente apagó otras expresiones de la sexualidad, impuso unas formas amarradas a la moral cristiana, que además le da superioridad al hombre, así que hay una sexualidad basada en un conocimiento masculino dominante. Ellos son los creadores y los inventores. Al final, el patriarcado está imponiendo formas masculinas para las relaciones sexuales. Entonces, digo yo, si no profundizamos, si no miramos las estructuras que están sosteniendo esa sexualidad secuestrada, no vamos a poder ver todos los mecanismos atados.

AMC: Desarrollemos el tema del poder y la sexualidad.

ECH: Empieza incluso con la posición: el hombre siempre tiene que estar encima de la mujer, eso ya te está indicando superioridad, aunque si la pareja de alguna manera está dialogando y a ella le parece bien esa posición... Para que no existan relaciones desiguales de poder es importante averiguar lo que la mujer realmente quiere, qué le gusta, qué puede pedir. Generalmente, en los últimos años, el patriarcado se ha enfocado más en el erotismo masculino. En la sexualidad, la mujer está subordinada.

AMC: ¿Y qué les gusta a las mujeres?

ECH: Es la parte que menos quieren hablar las mujeres; pero en mi caso y el de otras amigas ya no nos gusta la posición de papá y mamá o la del misionero, que es la posición más común, donde el hombre está encima de la mujer. La creatividad está presente y se van buscando otras posiciones. Ya lo hacemos en otros lugares de la casa, y no precisamente en la cama y por la noche. Por ejemplo, a algunas les gusta hacerlo en el monte, cerca de la milpa,³ a veces los lugares supuestamente prohibidos estimulan el erotismo. En mi caso, ya pue-

3. Plantación de maíz.

do solicitar cosas que realmente deseo hacer, no me da pena, no me da vergüenza. Yo recuerdo que años antes, como viví con religiosas, el tema estaba prohibido.

Ana Cofiño:

Conversamos acerca de nuestra experiencia como estudiantes en un colegio de monjas. Compartimos anécdotas y recuerdos. Hablamos de nuestras fantasías y deseos, y nos pasamos algunas recetas para probar. La risa siempre aparece, hasta carcajadas y lágrimas. No ha sido raro que nos contemos experiencias poco agradables o frustrantes. Consuela saber que no estamos solas en esta búsqueda de libertad, de placer, de autonomía de las relaciones humanas. Reconocemos nuestras respectivas herencias, ambas represivas. Gozamos al vernos como dos mujeres maduras, inquietas, curiosas, atrevidas.

AMC: ¿Qué fue determinante para liberarte sexualmente?

ECH: Un día estuve pensando por qué no se hablaba sobre el deseo, por qué siempre nos dicen: “No hagás esto, no hagás lo demás”. Al final me dije: “Esta iglesia institucional es la que se ha metido en mi cabeza, en mi corazón, en mi cuerpo, y no me va a dejar ser mujer”. Entonces pensé: “Esta iglesia me la saco de mi cabeza”.

Hice el ejercicio a nivel racional y luego a nivel espiritual. Sacar a la iglesia de la cabeza, como institución, es una manera creativa de aprender a gozar y a amar. Yo creo que ese hecho me permitió tener relaciones más profundas. Es un gran respiro y un gran alivio, para tener relaciones respetuosas, pero de gozo.

AMC: ¿Cómo relacionás el erotismo con la sexualidad?

ECH: Es aquello que me da vida. En kaqchikel podemos parafrasearlo y traducirlo como “aquello que es rico, aquello que me gusta, aquello que me lleva a otra dimensión”. Algunos autores lo asocian con la muerte, yo lo asocio con la vida. Creo que las dos partes no pueden estar separadas.

AMC: Se afirma que las mujeres asociamos amar afectivamente con desear sexualmente.

ECH: Yo creo que si sos muy cristiana ni siquiera te abrí al deseo. El cristianismo coarta. Hay que echar creatividad al erotismo, por ejemplo, cómo el olor de la otra persona te provoca algo, o a través del tacto, dependiendo de qué es lo que te mueve más, y complementar estas formas con lo que te gusta hacer. Lo que pasa es que el pecado está metido en la cabeza.

Siento la libertad para decir: “Me encanta ese hombre”. A veces puedo tener ciertos pensamientos, pero se exige a las mujeres ser fieles (mientras que para los hombres el mandato es distinto), de modo que no se nos da chance ni de ser infieles con el pensamiento. Solo te quedás con la idea, quizá podés atreverte a decirlo, pero no más. Todavía pesa en mí la cuestión de la fidelidad.

Al final cada quien mide según la represión que le han impuesto. Si en la familia podés hablar de homosexualidad, ya es un punto. Cada persona, cada familia, tiene un montón de candados. En la medida en que se eliminan esos candados, vas transgrediendo, suprimiendo normas morales, pero cuesta. A nivel subjetivo te provoca conflictos, podés chocar con la familia, y que te digan: “Ésta qué está haciendo, miren con quién anda ahora, peor si andás con una mujer”.

AMC: ¿Cuál ha sido tu percepción del lesbianismo, desde los primeros contactos hasta ahora?

ECH: La primera que conocí fue una lesbiana norteamericana y blanca, luego mujeres nicaragüenses y más tarde las compañeras lesbianas de aquí. Yo las veo como personas, a partir de eso no levanto muros, no tengo algo que me impida dialogar con ellas. Ser lesbiana no quiere decir que dejen de ser racistas.

AMC: ¿Y otras mujeres indígenas?

ECH: Yo creo que hay muchas expresiones de rechazo. Tengo en mi mente a dos mujeres muy valiosas que son lesbianas, y las admiro, al menos a mí no me provoca mayor cosa, tengo buena relación, no me hace ruido.

AMC: Pero si una te invitara a dormir en su cama...

ECH: Bueno, ya me quedé con una amiga, pero no pasó nada. Platicamos, nos reímos, y yo sabía que tenía su pareja. Pienso que dos humanas, si se aman, logran ser felices, y yo acompaño esa felicidad. Yo creo que eso es lo bonito: aprender a respetar la sexualidad de las otras.

AMC: Si tuvieras el poder de implementar alguna acción para mover esta sociedad para que la gente despierte, ¿qué harías?

ECH: Tenemos que sentarnos a ver las metodologías. A través de la investigación podés motivar la reflexión y que se mueva la conciencia. A nivel académico podés hacer una antropología o sociología comprometida con la sexualidad. También, a través de un arte en el que seamos conscientes de cuál ha sido la historia y cómo funcionan las imposiciones sobre nuestros cuerpos.

Yo había pensado que el Norte, Estados Unidos, estaba más abierto a la sexualidad, pero pude percibir los problemas que enfrenta la adolescencia. Están aprendiendo a través de Internet, no quieren oír a la mamá o al papá, porque ese medio ya se encargó de darles todo. Entonces te imaginás a dónde los lleva este tipo de medio. En los países del “Primer Mundo” tienen esa posibilidad, pero eso acarrea otros problemas. En los medios de comunicación, y principalmente en las películas de Hollywood, están reproduciendo estereotipos sexistas, por ejemplo, todas las características de belleza que están imponiendo. A veces somos reproductores de esas imágenes.

Hay que tratar de ir creando y de utilizar los medios para ir en contra de esa corriente, parar dejar de reproducir la subordinación, el sexismo, la violencia contra la mujer. Me parece bien lo que dicen las feministas, que la pornografía violenta a las mujeres. Y yo creo que allí tenemos que hacer mucho trabajo. Por ejemplo, podemos buscar cómo están trabajando el tema de la sexualidad en otras culturas. Hace muchos años, platicando con una mujer de la India sobre el *Kama Sutra*, el Tantra, me dijo: “Eso lo teníamos, pero la modernidad nos lo quitó”.

AMC: Podríamos buscar una línea de sensualidad kaqchikel.

ECH: El pelo largo puede ser usado en la sexualidad, puede influir en cómo acariciar. Cómo podemos utilizar el ojo para acariciar. Generalmente no es el beso, sino dónde tu boca y tu lengua está acariciando esas partes sensibles, o cómo tu nariz te puede servir, la respiración puede provocar.

El encuentro con más mujeres nos puede ayudar a sacarle más jugo a este asunto. A veces, entre las feministas, hay consignas, pero todavía se quedan cortas.

AMC: ¿Qué términos usarías en kaqchikel para hablar del ejercicio de la sexualidad?

ECH: No hay una palabrita cabal para ese tema, aparecen otras palabras, como nuestros cuerpos, lo que da la vida, las bromas, las metáforas, en eso hay una gran riqueza, como la palabrita *tzikin*, el pajarito, o *rumes*, el gato, la vulva. En un diálogo informal, los temas salen a flote. Hay una mujer kaqchikel que quiere hacer un diccionario sobre la sexualidad.

AMC: ¿Cómo dirías coger en kaqchikel?

ECH: Platicando con los jóvenes me di cuenta de que tienen distintas palabras para decirlo. La vez pasada uno decía: *ya tin pitz*, te voy a coger. Una palabra que siempre

saca risa: *yoj we' choxan*, vamos a la pared; *yatin chop*, te voy a agarrar. Hay otras expresiones más poéticas, como *xa yin q'ojoman*, estoy tocando un instrumento musical.

AMC: A nosotras nos hablaban de la pérdida de la virginidad como algo doloroso, feo, pecaminoso, pero eran advertencias preventivas, una alarma para que no probaras. ¿Qué te dijeron que se sentía?

ECH: En mi caso lo que prevaleció fue la cuestión preventiva, es decir, el mensaje era algo así como: “Cuidáte del hombre, y más en la noche”. En Comalapa, sí se trabaja la virginidad, yo lo describo en el libro. El patriarcado y el sexismo han deslegitimado a las mujeres en el caso de “la pérdida de la honra”. Hay que hablar para que las nuevas generaciones no se sientan tan culpables. Yo creo que lo prohibido, o el hecho de ser o no ser libres, facilita que los hombres hagan cosas contra las mujeres.

AMC: Esto que decís nos permite volver a la relación entre violencia y sexualidad.

ECH: Cuando empecé a hacer el estudio pensé en la sexualidad romántica, la que no evidencia problemas, pero en la vida cotidiana no se da de esa manera, y eso se puede ver incluso en lo que hablan los jóvenes sobre sus

deseos, su primera vez. Cuando hablamos de la sexualidad en el marco del matrimonio, entonces, empieza a hablarse de la violencia contra la mujer ejercida por su compañero íntimo. Las caras de la violencia son múltiples, por eso hay que hablar de violencias. Hay un sinfín de conceptos que salen. Creo que, en la medida que las mujeres hablemos de este tema, lo vamos a visibilizar.

Como es una violencia muy privada, entre parejas, y como los códigos dicen que las mujeres tenemos que recibir el maltrato en el hogar, si se naturaliza eso, no va a tener fin. Podés ver parejas en la calle caminando, saliendo de la iglesia, haciendo un mandado, y piensas que es una pareja sin problemas. Sin embargo, cuando vas metiéndote en la vida cotidiana van apareciendo muchos dolores.

AMC: ¿Qué situaciones creés que son propicias para hablar de estos temas, en qué lugares se dan estas charlas?

ECH: En las amistades, donde hay confianzas, entre conocidas, en el *qejejonik*,⁴ en el mercado, en las pilas comunales... en espacios como los talleres especializados ha habido un ejercicio para hablar y romper el silencio, se puede contar la vida en la medida que no se tiene pena ni vergüenza. A

4. Espacio festivo en el que las mujeres trabajan y las amigas se permiten hablar de forma relajada.

veces sabemos de la vida de las otras, pero en espacios de mujeres, es el momento para sacar y compartir. Creo que en el movimiento feminista y en el de mujeres indígenas, mientras toquemos temas tabú que todavía pesan y tienen que ver con la subordinación, vamos a lograr que otras mujeres piensen y trabajen en ellos.

AMC: ¿Cómo se relaciona lo sexual y lo político?

ECH: Yo pienso que lo político se da en la medida en que son relaciones de poder, que están atravesadas por otros poderes, las relaciones de género, las raciales que existen en este país, las de clase. Si lo podemos interrelacionar, lo estaremos viendo cada vez más como algo político. La sexualidad ha sido colonizada y hay necesidad de descolonizarla.

Identificar qué instituciones son las controladoras de la sexualidad y luchar contra eso nos hace ser políticas. El Estado ha negado este tema y ha dejado que las organizaciones nacionales e internacionales se ocupen de la sexualidad de su población porque no sabe cómo tratar el tema. Si pensamos cómo nuestra realidad está atada a los países del “Primer Mundo” se descubre lo político.

Yo siempre traté de escarbar en las esterilizaciones masivas de mujeres indígenas y alguien me decía: “No, pero si no tenés el dato, no lo vas a poder plasmar”, pero hay testimonios orales. Hay que escarbar sobre la masificación de los anticonceptivos, no estoy en contra de ellos, pero hay que ver qué está significando para las empresas transnacionales esterilizar los cuerpos de las mujeres. Es un tema que no se trata en su totalidad. En relación a las repercusiones en la salud de las mujeres, me duele mucho que a una mujer en el campo le estén poniendo una inyección sin tener conocimiento, sin saber lo que está haciendo en su cuerpo y sin tener ningún seguimiento o evaluación de cómo le está afectando.

El movimiento feminista, el de mujeres y el de las organizaciones indígenas deben rescatar lo que están haciendo las comadronas, no solo a nivel reproductivo, sino en relación con el cuerpo. Son lo que yo llamo en el libro “las cuidadoras del cuerpo de las mujeres”, porque son ellas quienes están velando siempre por la vida de las mujeres. ¿Quiénes nos encargamos de legitimar su trabajo? Nosotras. No vamos a esperar que los hombres legitimen el trabajo de las comadronas a nivel oficial, y de los médicos menos aún, la mayoría todavía se sienten dueños del conocimiento y de los cuerpos de las mujeres.

AMC: Alguna acción o práctica más concreta...

ECH: En un país tan conservador como éste debemos tratar de ser otros. La lucha es por el bienestar, por vivir dignamente, pero también por ser felices. Además, el tema de la sexualidad hay que ponerlo en la agenda pública, en el Estado, la familia, la escuela.

Para ver la relación entre sexualidad y política hay que remontarse en la historia. Yo creo que desde la colonización podés ver el modelo que traían los conquistadores. Hay autores que dicen que en la época prehispánica la homosexualidad no estaba prohibida, así que el proceso de colonización ha marcado nuestra historia.

También hay que hacer un análisis profundo sobre si, en aquel tiempo, había un sentido del honor en relación con el cuerpo de la mujer, porque ahora te atan con la cuestión de la virginidad y el honor de la familia. Lo otro sería ir buscando, por ejemplo en el *Chilam Balam*, para ver con qué nos conectamos, pautas que nos puedan ayudar actualmente a ser nosotras y nosotros mismos, para poder hacer frente a instituciones hegemónicas. Remontémonos a testimonios y a prácticas, es una invitación para hacer más investigaciones o para meternos en otros lados. Las figuras humanas de la época prehispánica están diciendo otras cosas.

Miremos qué ha hecho el Estado en relación con el cuerpo de las mujeres. ¿A qué está invitando a los pueblos o a las culturas? Realmente a casi nada: en las escuelas dan dosis mínimas sobre temas tan profundos, y nuevamente el enfoque hegemónico es biológico, te meten el peligro del sida. Hay que hablar de los sentimientos de las personas.

La participación ciudadana está de moda, pero pasan las elecciones y todo queda igual. Nosotros tenemos que decir qué ponemos en la mesa de discusión. Esos países del “Primer Mundo” no lo están tratando en profundidad, lo están viendo desde la economía neoliberal. Nosotros lo podemos enfocar desde otras visiones, con otros lentes, con más creatividad, por ejemplo: que se aprecie y perciba el desnudo, que se maneje el símbolo del zapote como nuestras vaginas. El problema es que ¡hay tantas limitaciones!, ¡tantos factores que obstaculizan! Pero yo digo que con dos o tres personas que estemos hablando sobre este tema ya estamos cambiando algo.

Hay tanta curiosidad, principalmente de adolescentes y de juventud, que Julisa, la psicóloga que tiene un programa radial en Emisoras Unidas casi no puede responder a tanta demanda. Ellos podrían preguntar cómo prepararse para la excitación o cómo echar a an-

dar sus deseos. Yo creo que esta psicóloga está llenando un vacío, no de manera integral, pero por lo menos intenta plantear la cuestión e iniciar un diálogo. Yo la he escuchado. A estas alturas hay demanda hasta por parte de los adultos. Realmente hay una ignorancia planificada, implantada, que no nos está dejando hablar.

Creo que hay que crear más oportunidades para abordar el tema, por ejemplo, en los centros de documentación, en talleres, en el arte, que se dibuje más allá de la pintura folclórica. Hay una visión etnocéntrica.

AMC: Me gustaría que platiemos de cómo se puede conversar sobre esto con los hombres.

ECH: Yo creo que hay un grupo que quiere saber, la curiosidad es propia de su edad: los adolescentes. Ellos quieren saber, pero el tema está prohibido. Dicen que quieren localizar a una persona que les quite esa nube de los ojos. Están esperando. Un adolescente siente confianza cuando le decís: “Platiemos, esto se desarrolla de esta manera”. Solo con tratar lo que está sintiendo en ese momento, se abren las puertas, porque la curiosidad está ahí. Hay que aprovechar la curiosidad del adolescente para darle conocimientos básicos.

¿Cómo podés entrar a un grupo de jóvenes evangélicos o católicos? Tienes que estudiar quiénes son para poder hablar con ellos, y lo haces con riesgo, porque se les ha dicho que es pecado, entonces tienes que trabajar esa parte: ¿Por qué pecado?

Con los adultos, ¡ah!, yo agarraría con pinzas para hablar con algunos. Si entrás con etiqueta de feminista, ya estás cerrando la puerta. ¿Cómo entrar en los grupos? Con las necesidades que tienen. ¿Qué sale mejor: imponer una necesidad o atender una necesidad? La forma que se trabaja también va a ser distinta.

¿Cómo trabajar los distintos estereotipos que hay, los que el grupo en su contexto cultural está manejando? Otra cuestión es cómo trabajás la morbosidad. Hay distintos factores que obstaculizan abordar el asunto. No es solo la voluntad, sino el contexto. Yo aprovecharía la demanda que hay entre los adolescentes.

AMC: Emma, yo presiento que muchas personas a nuestro alrededor viven la sexualidad con disgusto, ¿cómo evaluarías la sexualidad en Guatemala?

ECH: Yo creo que está sujeta a ideologías conservadoras y a instituciones controladoras, por eso cada vez es más difícil de tratar. Principalmente, las religiones están

presionando para que no salga a luz. Se aborda siempre con una forma de pensar en la que se plantean dilemas. Siempre está eso. Yo digo que los mismos códigos morales implementan esa actitud de ambivalencia. La iglesia construye seres inseguros. En cambio, si supieran por qué está esto sujeto a la subordinación de las mujeres, se podrían reformular estrategias y políticas contra la sujeción. La sexualidad es importante para combatir la violencia. Trabajar sobre todo tipo de violencia nos ayuda a erradicarla, de esa manera podemos hacer reflexiones, escribir más libros. Hablo de violencias, en plural, porque hay violencias atadas a otras violencias.

AMC: La prostitución de mujeres indígenas se ha tratado de ver como un servicio. A mí me parece que eso oculta la explotación del cuerpo de las mujeres.

ECH: Es algo que yo encontré relacionado con la virginidad. Por ejemplo, cuando la mujer pierde la virginidad, los demás se sienten con el derecho y el permiso para cogerla. Si en la familia se enteran, lo asocian a que ya se convirtió en puta. Y si a una mujer se lo van recalando en casa es más fácil que ella lo acabe por creer, hasta que la presión social la empuja a que se convierta en puta. Yo puedo ver ese caminito, ese círculo.

A través del estudio he visto que siempre ha habido señoras que cumplen esa función, siempre. Eso no es nada oculto: “No hay que hablar de ella, es la encargada de hacer favores”. Entonces, se conoce a la señora, que ya es mayor, y algunos hombres la visitan. Eso era hace años, pero lo que se está viendo ahora es que son jovencitas. El hilo conductor es que todavía sigue la violencia contra la mujer, el acoso sexual. A veces, dentro de las culturas, se habla de respeto, pero qué pasa con las que han perdido la virginidad, ya no se les respeta. El discurso puede decir una cosa, pero en la práctica es otra. Y yo digo: no se vale. En cuestiones de género o en el tema racial, el discurso se oye bonito, pero en la práctica es distinto.

He visto que hay trata de mujeres. Habría que investigar. Lo veo en la capital. Hay grupos de mujeres, pero quién las trae o cómo hacen para traerlas, ésa es la pregunta. Los hombres, al entrar al bar, pueden elegir: “Si hay indígenas, quiero una”, como si fueran mercancía.

La vida sexual de muchos jóvenes se inicia con prostitutas. La cultura sexista lo impulsa. Hombres adultos invitan a los jóvenes, que creen que tienen que pasar esa prueba para ser más hombres. Hay una anécdota: la vez pasada iba una mujer indígena en la camioneta, entonces se detuvo casi enfrente de los bares de

Chimaltenango. Ella trabajaba en la capital, pero ese fin de semana tuvo que ir a la casa. Y ¿cuál fue su sorpresa? Qué vio al novio, su novio, entrar a un prostíbulo. Ella tomó la decisión radical de terminar con el novio. Hay contradicciones entre las parejas, se están generando conflictos.

AMC: ¿Cómo llegaste al estudio de la sociología y las ciencias sociales?

ECH: Al terminar el magisterio tenía deseos de estudiar Medicina, pero en ese momento mi papá me dijo que no, que había más posibilidades de darles estudio a mis hermanos, pero no a mí, por ser mujer. Y me dijo que fuera a pedir trabajo para sostener a los otros hermanitos. Yo estaba enojada y me fui a quejar con el cura, le dije que quería estudiar Medicina. Me contestó que había un proyecto de salud y que me metiera.

Platiqué con mi mamá, le dije que yo tenía cabeza para estudiar y que me diera la oportunidad pero ella en ese momento no tenía la autoridad, ni la fuerza que tuvo después. No me pudo ayudar. Cuando me dieron la noticia de que podía seguir estudios de Enfermería, estaba feliz. Ese hecho me ayudó a tener más conciencia, porque a mi hermano sí le dieron la oportunidad.

Siento que lo que ayudó fue la situación que vivió mi mamá. Yo la veía, por un lado, como una mujer valiente, pero bajaba la cabeza en muchas ocasiones para responder a la autoridad de mi papá. Eso tocó mi vida, no puede ser que durante el día mi padre la estuviera acusando de que era haragana y conformista. Yo me preguntaba por qué. Tenía mis dudas, no podía entender la situación de muchas mujeres, eso que estaba viendo que a mi mamá le provocaba angustia, enojo, sin poder responder. Yo me preguntaba si iba a ser así, si tenía que responder con esas mismas actitudes. Yo veía a mi mamá muy creativa en el tejido, en el trabajo, buscando cómo ganarse la vida, pero entre las familias kaqchikeles hay un patriarcado en el que la autoridad es sagrada y no se confronta. Eso me provocaba ciertos conflictos, contradicciones. Más tarde ella tomó conciencia, se rebeló y comenzó a salir adelante. Generalmente, no era ella la que me decía que estudiar, había otras personas que me animaban.

En la Escuela de Enfermería me habían dicho que había que hablar sobre la dieta básica, qué debía consumir la gente, pero, cuando te acercás y decís que deben consumir proteínas, vitaminas, carbohidratos, la gente te contesta: “Dónde cultivar, con qué dinero comprar”. Esta idea me llevó a pensar. Me sentía inútil por no poder ayudar más. Necesitaba fundamentos para saber

qué había en el fondo. En ese tiempo andaba dando talleres y cursos a promotores y comadronas, conectados con la necesidad que tenían. Alguien me dijo a qué se dedicaba la sociología y yo dije: “¡Eh, aquí está!”. Entonces seguí esos estudios para entender e interpretar lo que estaba pasando.

AMC: Háblame sobre el patriarcado kaqchikel.

ECH: Lo más característico es que mantienen la autoridad dentro de la familia. Los hombres toman las decisiones más importantes. Hacen consultas, es cierto, pero al final son ellos quienes gobiernan dentro de la familia. También hay un patriarcado sexista, y a eso hay que ponerle mucha más atención, porque constantemente se está reforzando la superioridad masculina, tomando referentes no solo occidentales, sino de la propia cultura, para subordinar a las mujeres. Esto cotidianamente provoca violencia contra ellas. El kaqchikel que es sexista es aquel que humilla, que ofende; es aquel que pega; es aquel que dice que no servís para estudiar, que dice que debés estar en la casa, que dice: “Ésta es mi mujer y está para dar los hijos que yo quiera”.

AMC: En Comalapa, ¿los patriarcas que conocés actúan de esa manera?

ECH: Hay instituciones que los hacen sentir legitimados para aplicar el patriarcado y las mismas mujeres decimos: “Él es el que va a hablar”, les dejamos que ellos tengan la autoridad para decidir. Yo podría hablar del patriarcado que toma en cuenta la voz, el pensamiento de la mujer, pero él es el que habla al final, puede decidir sobre la herencia, puede decir que confía en su hija, que puede estudiar. El sexista no da la oportunidad a las mujeres para que puedan hacer lo que ellas quieran.

Las mujeres están diciendo, cada vez más, con qué tipo de hombres están sufriendo. Yo creo que cuando ponemos atención a sus situaciones y experiencias frecuentemente estamos viendo al alcohólico, al que las está golpeando. Ellas están hablando de una violencia cotidiana, que se da de día y de noche. Cuando entrás a los temas sexuales es como un libro abierto. Te dicen: “Se monta” o “parece chucho mi marido, no me deja tranquila, yo cansada con el trabajo, con los hijos, pero él quiere todos los días”, o “a la vuelta de la esquina ya buscaron a otra mujer”. Ésos son los dolores que las mujeres no dicen, o que no se sienten con la fuerza de denunciar en los juzgados de familia, ni en la propia iglesia ni en las organizaciones. Solo hablan de eso cuando se sienten en confianza. Pero sí, dicen que sufren más cuando tienen esposos alcohólicos.

AMC: En tu generación hubo cambios, las mujeres están tomando más conciencia. Yo observé que algunas ya no quieren casarse.

ECH: Yo creo que la mayoría de mujeres que salimos a estudiar, que fue antes del terremoto (1976), somos de esa generación que dijo: “Bueno, ha sido un logro salir del pueblo a estudiar”. Entonces había cierto compromiso, no firmado, con papá y mamá y con la comunidad, un compromiso de responder, es decir, “yo regreso a hacer y seguir apoyando”. Yo estuve en una organización donde se hacía mucho hincapié en la importancia de terminar la carrera, veíamos el gran esfuerzo que hacían nuestros papás para pagarnos los estudios y entonces ésa era una motivación muy importante. Sí, es cierto que teníamos novios, pero no nos urgía el matrimonio, lo primero era sacar la carrera, había una meta. A nivel grupal nos motivábamos. Esto fue antes de la guerra.

AMC: En ese sentido, ¿cómo evalúas el estudio en la vida de las mujeres?

ECH: El estudio es una herramienta para salir de la subordinación, para tener acceso a otros conocimientos. No te digo que sea lo mejor. Quienes hemos salido a estudiar, hemos jugado, hemos bailado con la modernidad, porque a final de cuentas se dice que la educación es parte

del proceso de la modernidad. Yo digo que tenemos un pie en la modernidad y otro en los orígenes, en nuestra cultura. Siento que todavía sigue siendo un privilegio para las mujeres indígenas, pero hay que saber estar allí y saber salir.

No es simplemente la educación la que te hace tomar conciencia, son otros elementos o factores, como por ejemplo, las raíces de nuestra cultura permiten apreciar la desnudez, se ve el cuerpo de una manera holística. Es necesario trabajar una conciencia crítica frente a instituciones que han implantado la moral y la decencia, frente a la visión médica que cosifica el cuerpo de las mujeres, que no quiere ver los sentimientos, deseos y necesidades de los cuerpos tanto de las mujeres como de los hombres y de la diversidad sexual. Hay que buscar en otros saberes que nos permitan ser más alegres, y que esa alegría esté vinculada con otras condiciones de vida que permitan generar bienestar, en otras palabras, que la “cogida” sea placentera, pero que también haya qué comer y un lugar digno donde vivir. La sexualidad debe estar vinculada a temas políticos, económicos y culturales.

AMC: ¿Hay alguna cosa, suceso o persona que te ayudara a empoderarte?

ECH: Fueron pensamientos, actitudes de muchas personas que incidieron en mi vida, principalmente de mi mamá; pensamientos con algunos catedráticos del colegio donde estudié, de muchos indígenas que ya hicieron camino en este país, y de las personas que murieron durante la guerra, además de estar en contacto con la gente. No me quedé internada, estuve en varias comunidades, y esas personas me dieron herramientas para ver.

Hay gente mestiza que te hace valer. Por ejemplo, un odontólogo de muy avanzada edad me decía: “Delfinita no se quede con ser maestra, siga estudiando, usted puede”. Esa motivación me estimuló para seguir adelante. La otra persona fue Sor Enriqueta, de las Hermanas de la Caridad.

Cuando digo ladino me refiero a una persona que asume una actitud racista, pero cuando hablo de mestizo me refiero a la gente que tiene conciencia de ser mestiza y te acompaña en los procesos, así que yo hago la diferencia. Yo he sentido más el racismo de parte de los ladinos y las ladinas.

AMC: ¿Y para ver la sexualidad desde otra perspectiva?

ECH: Fue la Enfermería, estar en contacto con los hospitales. A veces, se infravalora la Enfermería Comunitaria, pero a mí me dio herramientas para ver cómo salir de la visión biologicista. La sociología me dio otras herramientas para ver la realidad desde una perspectiva más histórica, antropológica, muy relacionada con la cultura.

Tal vez un temor que yo tenía antes era decir a la iglesia cómo ha puesto los alfileres dentro de nuestras mentes y nuestros cuerpos. Me daba pena, porque fui formada en un internado de monjas, me daba pena porque a fin de cuentas es un poder, un poder que en ciertos casos me dio cobijo para entender qué era la Teología de la Liberación y para cuestionar las instituciones de este país, pero tenía miedo de hacerle la crítica.

Cuando empiezas a profundizar en el tema de la sexualidad, y estás encontrando un poder que está metido en tu cuerpo, en tu mente y que traspasa también tu espíritu, dejar a la iglesia como institución fuera de tu cuerpo y de tu mente es una manera de vivir la alegría y la satisfacción.

En el próximo libro he escrito algo así como: “Cuando aborté a la iglesia como institución, aprendí a gozar y a amar”. Realmente, así fue en mi vida, porque como hay

tanto tabú, tanto miedo y tanta prohibición sentís que estás encarcelada... Cuando lo decís, simbólicamente te liberás, lográs ser otra. Entonces podés entender otras realidades y, sobre todo, la diversidad sexual de la que se habla actualmente, aunque todavía se tema.

Eso siempre ha existido, lo que pasa es que no lo queremos ver, no queremos mostrar esa realidad. Por eso siempre estás idealizando el matrimonio, la pareja heterosexual, la maternidad. Yo digo que hay distintas formas. Las transgresoras y los transgresores han existido en nuestras familias, pero como siempre nos hacen ver lo ideal parece que eso es lo que tenemos que hacer. Hay que hacer un cuestionamiento serio.

AMC: ¿Esta investigación para la maestría ha repercutido en tu propia sexualidad?

ECH: Ha habido de todo: trabajar conscientemente mis culpas, mis penas, mis temores, mis contradicciones. Incluso estuve casi medio loca en una época. También tuve procesos que me hicieron llorar. Yo digo que son procesos con los que entrás a otro nivel, no sé si es Xib'alb'a,⁵ pero hay momentos en que salís muy fresca. Hay otros en que sentís como si te hundieras más.

5. El inframundo.

Ahora pienso que en esos momentos es más rico confesarme con una amiga, ¿cómo es posible que me haya confesado con un cura sobre esto de la sexualidad? Ahora ya no lo veo bien. Ahora me provoca enojo, porque el cura no tiene por qué saber de mi intimidad. Son mis cuatas, mis hermanas, mis amigas, mi compañero quienes tienen que saber. ¿Por qué voy a llevar ante hombres lo que está sucediendo con mi cuerpo y voy a darme golpes de pecho?

Yo creo que el tema me está ayudando. Dejé cierto cascarón tirado por allí, un cascarón que me pesaba, que no me daba bienestar, y eso es rico. Me siento como una serpiente: dejé una piel que no me servía.

AMC: Será que los humanos somos todos heterosexuales...

ECH: Yo creo que no... este ejercicio lo hemos aprendido entre mujeres. El hecho de ver a las demás personas de otra manera empieza en la niñez. Las instituciones te marcan y seguís el molde, pero la estructura no sería así si no estuviera implantado ese orden. Sería más bonito ir creciendo con otras posibilidades, pero aquí la presión social te dice que tenés que ser heterosexual.

AMC: ¿Cuáles han sido tus descubrimientos en un plano más personal y social?

ECH: Hay varias cosas: cómo se ha tratado la sexualidad en este país. Cuando revisás documentos, ves que detrás del poder nacional encontrás el poder de otros países que están implantando otra forma de ser. Antes se hablaba sobre la esterilización masiva de mujeres indígenas. Eso no fue casual, fue una política económica que venía de Estados Unidos para los países del “Tercer Mundo”, especialmente para pueblos indígenas y pobres. Aquí el tema de la sexualidad está interconectado con otros poderes. Las transnacionales están tratando de crear métodos químicos para el cuerpo de la mujer. Las farmacéuticas y el equipo de científicos masculinos estudiando el cuerpo de las mujeres, eso fue lo que me dio luz.

Descubrí, además, que se puede tratar el tema de la sexualidad, porque en la Academia me cuestionaron. Hay temas políticamente correctos, pero desde allí también tenemos que ser transgresoras. Por ejemplo, sobre el sentido del cuerpo, yo no había apreciado el desnudo. Me dio alegría estar en el espacio del *tuj*. Crecí con otra manera de apreciar los cuerpos, de apreciar los olores, de ver los colores de los cuerpos. Estoy contenta de que el *tuj* haya atravesado mi vida.

AMC: ¿Cómo llegaste al feminismo?

ECH: Fui invitada a una conferencia sobre Salud y Mujer en Costa Rica, y allí fue donde tuve contacto con feministas, pero no con la teoría feminista. Cuando entré a la parte más académica, me conecté con la teoría y con las teóricas. Su forma de ver la realidad para mí fue algo novedoso. Mi formación sociológica me estaba dando satisfacción. El feminismo fue jugoso para mi análisis y reflexión. Otros teóricos, los postcoloniales, me están dando herramientas para ver la realidad. Yo juego con algunas teorías, las reviso y lo que me permite analizar mi realidad, pues enhorabuena; parte de eso es el feminismo postcolonial.

AMC: ¿Cómo te afectó la guerra en los años ochenta?

ECH: Yo creo que estaba muy joven y no podía entender muchas cosas. Estaba en una organización, la Juventud Indígena Comalapense (JIC), y uno de nuestros objetivos era trabajar la cultura. Sabíamos tocar algunos instrumentos, pero no había otros espacios donde tocar más que en las iglesias. Lo otro era cómo crear conciencia entre la gente para que se alfabetizara. En esa medida, nosotros creíamos que podíamos apoyar y acompañar a la gente.

Cuando supe que se habían llevado a los compañeros (se llevaron a Carmen Sotz, a Efrén Telón, a Julio

Telón), realmente el impacto fue bastante fuerte. Un primo de mi papá fue quien dijo que nos sacaran, y salimos rápido del pueblo, pero te imaginás a esa edad, ¿cuál era el delito para estar corriendo y escondiéndonos? El delito fue llevar unas horas de recreación, de diversión a la gente, o que la gente tomara conciencia de su derecho a la educación y a la salud. No solo los estudiantes fueron golpeados, los catequistas y las organizaciones, también. Entonces me costaba entender qué estaba ocurriendo, creo que también por eso me metí a la sociología.

Cuando supimos que se habían llevado a los compañeros, vimos que la persecución era contra los estudiantes, entonces vine a vivir a la capital. Yo tenía que empezar en la Escuela de Enfermería de Occidente. Viajé a Quetzaltenango y allí estuve estudiando. Estando en mi primer año, mi abuelo y mi mamá llegaron a visitarme y me hablaron de los que habían sido desaparecidos o habían sido asesinados. Fue un dolor. Creo que fue el miedo el que no me permitió organizarme en Quetzaltenango, entonces me metí de lleno a estudiar Enfermería. La directora de la escuela me ayudó a estar en áreas menos conflictivas, me ayudó porque sabía que no era de las mujeres que se quedan quietas. Creo que fue ella quien me dijo que no me fuera a una comunidad del Quiché. Fui al hospital de Comalapa,

todavía en tiempos de guerra, y allí había soldados que había que atender. Me ponía en conflicto, porque fueron ellos los que hicieron las atrocidades.

Lo que me molesta hoy día es ver pasear a los victimarios. Hay familias de las que sabemos que estuvieron coordinando y siguen trabajando con el ejército. Seguimos sobreviviendo y vamos a seguir. Hay una invitación a no volver al pasado. Yo conocí gente muy organizada, gente que apostaba no solo a la organización, sino a formas de mejorar la vida; pero también conocí a algunos ladinos de Comalapa que utilizaron la guerra para hacer daño. También hubo gente indígena que se vendió al ejército. Algunos se fueron de Comalapa, otros recibieron refugio en iglesias evangélicas. Eso no se olvida.

AMC: ¿Cómo cambió la vida de las personas y cómo cambió el país?

ECH: El Estado ha utilizado a los pueblos indígenas. Nos ha mantenido en la marginación, con un racismo muy planificado. La guerra casi nos convirtió en vegetales, era como caminar sin sentir, caminar sin vivir, casi nos convirtió en zombis, diría yo. Te convertías en un vegetal para no estar conectado con la realidad.

En la guerra se practicó una cultura de muerte, pero creo que ha habido elementos que habría que analizar: cómo es que sobrevivimos y cómo es que todavía le apostamos a la vida. Yo no puedo olvidar, sigo alimentando la memoria, y cada vez que escribo pongo unas líneas allí. También les cuento a mis hijos, a la generación joven, porque ellos preguntan si de veras hubo guerra. Yo siento que ya me liberé del miedo, de la soledad, de la desconfianza. La guerra provocó relaciones contrapuestas. Hay que revisar, tenemos que hacer análisis más complejos de que hubo una realidad que afectó nuestras vidas.

Qué triste y qué ira ver con qué saña actuó el ejército contra la gente. Yo digo que hay mucha gente que todavía quiere hablar. Hay un capitalismo que nos tiene ocupados en cómo sobrevivir, pero hay temas que dejan huella, como dicen las señoras: “Hay dolor de corazón”.

AMC: ¿Hay algo positivo que podamos sacar de todo eso?

ECH: Hay experiencias individuales, a mí con la guerra no me van a parar. Seguimos luchando contra el analfabetismo, hay que seguir trabajando con el tema de la salud, de la vivienda, la lucha por la tierra. A mí, la guerra no me impidió analizar esos asuntos que me

movían en aquel tiempo. A veces pienso que se habla de los 36 años de guerra, pero para los pueblos indígenas tenemos que remontarnos a épocas anteriores. Hay una historia que hay que hilar, una historia que está todavía fragmentada. Hay que ver cómo el Estado se vuelve represivo contra los pueblos.

AMC: ¿Qué implica ser indígena hoy en Guatemala?

ECH: Ser mujer indígena me conecta con mi historia, me marca mi identidad, me permite y me da fuerzas para hacer cosas. Para el pueblo indígena la puerta no está abierta. Significa reto, significa lucha, energía para poder hacer cosas. Es como el motorcito que me provoca vida. No me escondo detrás de otra clase de ropa, siento orgullo de mi apellido, también de mi familia, del pueblo de donde soy, me da pertenencia, me ata a una colectividad. Hay una conexión especial. Yo creo en el florecimiento maya. A pesar de la dominación racial, a pesar de todo eso, seguimos sobreviviendo. Ser mujer indígena para mí implica lucha.

AMC: ¿Qué cualidades admirás en las personas?

ECH: Admiro la energía con que se mueven, puede ser niño o niña, esa energía de hacer cosas diferentes. Admiro la sabiduría, que es una dimensión que no se maneja

en este país. Valoro la forma en que hombres y mujeres se muestran ternura, esa fuerza para seguir viviendo. Valoro cómo se conectan con la naturaleza o el entorno. La sinceridad, la humildad. Lo que estoy aprendiendo en los últimos años es a escuchar. Yo creo que cada persona siempre da un mensaje, siempre está diciendo algo. No solo te dan el tiempo, sino que te regalan palabras, la voz.

A raíz del estudio admiro más a las comadronas, como cuidadoras del cuerpo de las mujeres; esa energía que tienen para cuidarte en el momento de ser madre, te sentís como rodeada de cariño, de atención. Te sentís que valés, porque ellas te dan ese valor. Admiro la decisión de las mujeres de creer en sus propias fuerzas. Admiro la fuerza de los hombres cuando están contrarestando el racismo y cuando están tratando de dejar la violencia. ¿Sabés que me agrada siempre? La manera en que se abrazan los hombres tiernamente sin necesidad de ser homosexuales.

Como diría Luther King, mi sueño es que un día se termine el racismo en este país, que el pueblo indígena tenga acceso al poder, eso a nivel general. A nivel profesional, me gustaría ser la quinta mujer indígena con un doctorado, tal vez no es el título, sino pasar esta prueba para decirme a mí misma que lo puedo hacer,

y con familia, con hijos, es doble trabajo, pero quiero hacerlo. Quiero regresar para hacer cosas concretas: trabajar siempre en temas tabú. Quiero también, y tengo la capacidad de compartir y acompañar, no solo a los jóvenes, sino a mujeres adultas que quieren hacer tesis o investigaciones. Ya lo estoy haciendo, pero me gustaría apoyar más.

AMC: ¿Cómo desearías que fuera la sexualidad de las y los guatemaltecos?

ECH: Yo soñaría, con que así como en la casa aprendemos a cocinar, así deberíamos aprender sobre la sexualidad; y en la escuela, así como nos enseñan matemáticas, así sobre la sexualidad, como un curso, como algo más que debe incluirse en un paquete no conservador.

AMC: ¿Qué vas a hacer con tu poder?

ECH: Cada quien, como se dice dentro de la espiritualidad maya, tiene una misión. Yo quiero caminar en esa misión de escribir con poder. He abandonado temores y parte de eso ha sido mi proceso.

AMC: Algo más que quisieras hacer constar aquí...

ECH: Creo que la iniciativa es interesante, pero dentro del

canasto solo entramos letradas y letrados, y eso es reproducir que solo cierto tipo de personas podemos entrar. Creo que hay que inventar otras formas de comunicar, de saber quiénes son las otras personas. En esta instancia española espero que tengan cabida otras identidades, otros grupos sociales, otros pueblos, para darle riqueza, porque creo que eso sería apostar por la diversidad y sería una invitación a descolonizar el conocimiento, la historia y nuestras vidas.

EMMA DELFINA CHIRIX GARCÍA

Es mujer maya kaqchikel, originaria de San Juan Comalapa, esposa y madre de dos hijos.

A nivel profesional, es maestra de educación primaria urbana, enfermera profesional, licenciada en Sociología y maestra en Ciencias Sociales.

Ha trabajado en varias ONG, así como en la Universidad de San Carlos de Guatemala, específicamente en el IDEI (Instituto de Estudios Interétnicos) como coordinadora académica del Proyecto pueblos indígenas, género y participación política. Además, es cofundadora de la organización del Grupo de mujeres mayas Kaqla.

Ha publicado el libro *Alas y raíces, afectividad de las mujeres mayas. Rik'in ruxik' y rux'il Ronojel kajowab'l ru mayab' taq ixoq'*. Su segundo libro tratará sobre la necesidad de descolonizar la sexualidad.

Ha sido becada por FLACSO Guatemala para optar a la maestría en Ciencias Sociales y próximamente cursará el doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social e Historia en CIESAS Guadalajara, a través de la becas FORD-CIRMA.

Cuenta con experiencia como investigadora, su primera escuela en este campo fue AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales de Guatemala).

ANA COFIÑO KEPFER

Nació en Guatemala en 1955. Estudió Antropología en la Ciudad de México, más tarde fundó la librería Soluna en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Al volver al país abrió la Librería del Pensativo en Antigua, donde comenzó a editar obras de autores guatemaltecos y centroamericanos.

Se graduó en la licenciatura de Antropología en la Universidad de San Carlos de Guatemala al concluir una investigación sobre los sentimientos de las mujeres kaqchikeles en la exhumación de San Juan Comalapa.

Es coeditora de la publicación feminista *La Cuerda*, que se fundó en 1998.

Actualmente está estudiando una maestría en Historia en la Universidad de San Carlos, donde realiza una investigación sobre las comunistas guatemaltecas en la década de los ochenta.

Carmen Díez Orejas
Embajadora

Diego Nuño
Consejero Cultural

Francisco Sancho
Coordinador OTC

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA
GUATEMALA

Jorge Castrillón Castán
Dirección

Matxalen Díez
Laura Luja

Maya Lemus
Chloé Bourret
Ángela Costas
Gestión Cultural

Margarita Pérez Cruz
Evelyn Sete
Sandra Solares
Biblioteca

Pedro Raxón
Contabilidad

Eric García
Gladis Hernández
Mainor Monterroso
Asistencia Técnica

CCE/G
Centro Cultural de España
Guatemala



COLECCIÓN PENSAMIENTO II

RODOLFO ABULARACH
conversa con MARIVI VÉLIZ

LUIS ACEITUNO
conversa con LUCÍA ESCOBAR

EMMA CHIRIX
conversa con ANA COFIÑO

EDGAR ESQUIT
conversa con TERESA LAINES

JESÚS GARCÍA RUIZ
conversa con RAÚL DE LA HORRA

GUZMÁN BÖCKLER
conversa con PERDOMO ORELLANA

AMÍLCAR POP
conversa con IRMA ALICIA VELÁSQUEZ

GUSTAVO PORRAS
conversa con DINA FERNÁNDEZ

ISABEL RUIZ
conversa con ANABELLA ACEVEDO

EDELBERTO TORRES-RIVAS
conversa con MARCELA GEREDA



Colección Pensamiento II consta de diez volúmenes.
El tiraje es de 1,000 copias por cada volumen.
En la elaboración de este libro se utilizaron las fuentes Minion y News Gothic.
Impreso en los talleres de PrintStudio.

Este libro es un proyecto editorial del Centro Cultural de España en Guatemala, entidad que asume todos los gastos de edición, publicación y distribución. Se enmarca dentro de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y por ello es absolutamente gratuito. Queda, por tanto, **prohibida su venta**.

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, siempre y cuando se cite adecuadamente la fuente y los titulares del copyright.